

pucheros anda, gezesan ante serio, este Zurbarán de Ciudad Real. No por el coro, sino por la cocina, por el huerío. Zurbarán era un místico sin delirio. El Greco era un Zurbarán delirante. Los monjes—santos—muertos de Zurbarán están durmiendo una noche serena, paladean un sosiego de costumbre: el Greco no podría hacer morir a sus personas —¿santos?— en a modo de sueños venturosos. Hasta el Conde de Orgaz es de una ceta fría que arde por dentro y se derrite con un pabito extraño, más profundo... Villaseñor es un Zurbarán teresiano: halla al Señor por entre los pucheros, las hogazas, los tazones, las fuentes. Y todo lo realiza de una manera así naturalmente corpóreo—una dramática naturalidad—dentro de un aire que sabe la posición de su terreno, que se va hacia la fronda más lejana, que sabe *también* del equilibrio. Magnífico este aire. Velázquez pintó un aire hacia primeros planos—entendamos el *hacia*—, lo traspasó de miel, de esencias luminosas; Villaseñor pinta un aire hacia dentro, un aire que se ovilla, que se cuaja en lo fondo, que se oye palpar y no se topa. Por eso los cuadros de Villaseñor no tienen fondo: se lo lleva el aire, los cuaja en su temblor equilibrado, está en un sereno y oscuro más allá. Es, como diría Juan Ramón, un fondo «alerta y sin delatarse». Sus viejas, sus moros, todos sus bodegones son... ellos: viejas, moros, cachatros. Lo demás, es ese aire nuevo del pintor, aire antivelazqueño, de una serenidad que de no ser así sería terrible. En una palabra: el fondo de los cuadros de este pintor manchego es un mastín echado, que está despierto y no se ve. ¡Un aire-perro!



El aire-perro de la Mancha... Manuel López Villaseñor se va a jugar los ojos con su tierra. Yo voy a repetirlo por penúltima vez: nuestro paisaje es el más difícil del mundo. Vivimos en un ansia sin clima. O cazarraumentemente agoniosos, o agoniosamente desanelados. Alguien diría que hay que inventar un color nuevo: yo digo que hay que agarrarse al blanco. Igual que en poesía hemos de amar nuestras brutas palabras, esas que necesitan, descarnadas a un sol de indiferencia, un nuevo San Francisco. ¿Qué nos traerá Villaseñor? El sabrá de sobra si fué o no Herrera el Viejo el que podía cerdas hirsutas a los mansos pinceles, para pintar *haciendo sangre*. Lo que yo sí sé es que aquí hay que coger los siete colores del espectro y estrangularlos en un blanco violento, duro a toda descomposición de lienzos fáciles. En fin; también él lo sabe de sobra, y él nos lo dirá, seguramente. Manuel López Villaseñor es una madura esperanza para España. El pintará nuestra llanura y nuestra gente. Quien pinta a María del Mar, en media hora y como él, es muy cierto que sabrá pintar a pulso entero la arisca tierra del padrino.

Juan Alcaide Sánchez.